

HAY UNA tierra de nadie entre la vida y la muerte que pertenece a los ancianos. Concilian su presente entre un largo pasado y un breve futuro, entre achaques reales y achaques imaginarios, entre la serenidad del mundo de los recuerdos y la angustia de la inevitable muerte.

En esa tierra de nadie habita Eduardo Barrios. Le faltan cuatro meses para cumplir los 77 años.

"¿Para qué me lo recuerda?", dice con un tono de leve reproche. Para él el tiempo ya no corre. Se desliza imperceptiblemente. Y cuatro meses parecen una eternidad.

Vive en la avenida Ribazo N.º 1066, al llegar a la Plaza Pedro de Valdivia. Un chalet de dos pisos, híbrido, mente indefinido como casi toda la arquitectura chilena. Hará un año, Eduardo Barrios jubiló como director de la Biblioteca Nacional. Desde entonces lleva una vida aislada, retraída, casi de ermitaño. Apenas sale y sólo alterna con su familia. Su pequeña y cuidada barba blanca le da un aire de Baroja o Benavente o Gide.

Habla. Siempre le ha gustado hablar, pero su voz ha perdido ahora el filo cáustico de antaño. Describe su vida diaria:

"Me levanto tarde. Dejo que el baño lo ocupe toda la tribu. Me levanto cerca de las doce. Me acuerdo como venía. Lo más tarde, a las once. A veces tengo insomnio. Fumo, converso con mi mujer, mis hijos, mis nietos."

"No soy muy comedor. Como poco. Pero me gusta que siempre haya un antojito y mis dos copas de vino."

"Todos los días leo los títulos y subtítulos de 'El Mercurio'. Cuando el tema me interesa mucho, leo la información también."

"¿Qué sacan con prohibirme el cigarrillo. Es lo único que me queda. Fumo desde los 14 años. Entonces era cadete militar. Podíamos fumar en el casino y también lo hacíamos a escondidas."

"Salgo poco; después de la operación a la vista no veo casi nada. Tengo que cuidarme mucho al atravesar las bocacalles y me mareo. No me gusta la calle. He andado tanto."

Así es el Eduardo Barrios cotidiano. En su última novela, "Los Hombres del Hombre" (1959), planteó la tesis del hombre como una pluralidad constante en pugna dentro de sí mismo. Esa propensión seguramente nació de la vida interior del propio novelista.

El Barrios anciano parece anhelar la fusión de todos sus hombres en un solo mundo, pequeño pero sereno. Es así el rostro que ofrece al exterior. Es, sin embargo, la faz de un actor: el papel que se ha asignado frente a lo demás y también frente a sí mismo.

"Trata de convivir con —dijo su hija, la pintora Gracia Barrios— de que ha alcanzado ese sereno equilibrio."

Amibas o Amebas

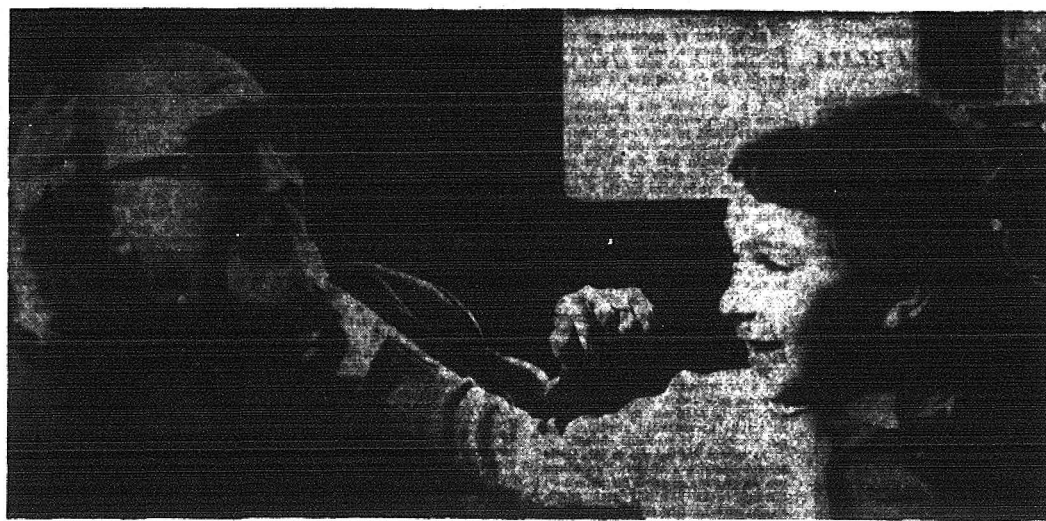
A pesar de dos tipos de anteojos, para ver de cerca y de lejos, la mala vista incomunica a Eduardo Barrios. Padece de una leve sordera y también le aqueja otra enfermedad:

"Tengo amebas o amibas o, como dicen otros, amoebas. La Real Academia acepta amebas y amibas. Estoy tomando una pildorita que me han hecho muy bien para las amebas. El remedio dice 'amibicida'. Deben ser amibas, entonces. Los remedios de hoy son tan complicados. Antes bastaba con decir bicarbonato o sulfato. Ahora todo termina en etil y teta, en an, en in o en ol. Los componentes son sus peores: etilmetilbutilfutilbarbitúlico. Lo de barbitúlico lo pongo por la barbita. Pero lo demás..."

Don Eduardo conserva su sentido del humor. Le gusta contar chistes de tono subido y con vocabulario procaz. Hay dos hombres en su conversación: un anciano cuyo pensamiento tartamudea, que se repite y pierde la noción de sus palabras, y que convive con otro ser de pensamiento claro y preciso.



El niño y el busto



El abuelo y la nieta

EDUARDO BARRIOS

Sin Resquemores

La envidia y el resquemor están ausentes de su charla. Tampoco aparecen aquellos pelembrillos que, al menor estímulo, suelen aspicar la conversación de los escritores. Ni siquiera hay pullas para los cronistas literarios, cuyos recortes guarda en cinco grandes álbumes. Comenta:

"Estoy contento. Siempre me trataron muy bien. Tanto aquí como en el extranjero."

"Los libros y la literatura me saturaron. Los escritores ya no me interesan. El tal Eduardo Barrios me carga."

"A veces siento que haya toda una juventud de talento de la cual no me entero. Pero me da pena el completo abandono del conocimiento del lenguaje que se nota ahora. [Tan tos barbarismos] Me gusta el castellano bueno. Siempre traté de cumplir con él en mis libros."

"Hay libros malos que me parecen menos malos que otros. No me puedo quejar. He recibido el reconocimiento de no sé cuántas academias."

"¿Qué pienso de las academias? Aquí tiene un rollo. Por allí, otro. A todas estas cosas desenvuélvase una multitud de diplomas y pergaminos; no les hago caso. No las pondría en marco."

Vida

Esa actitud hacia la literatura no sorprende en Barrios. Hace ocho años declaró en una entrevista (1):

"Antes que escritor y artista, he perseguido incansablemente durante mi vida ser un hombre."

Ese proceso tuvo muchas alterna, tivas antes de desembocar en el anciano que busca la serenidad y el equilibrio. Su padre murió cuando tu, vo apenas 3 años. Su madre, Isabel Hudtwalcker, de rancia estirpe h, burguesa, lo llevó a Lima donde se crió en compañía de su germánico abuelo materno. Dijo el propio Barrios:

"Siendo apenas adolescente, me lancé a recorrer América, haciendo de todo. Fui comerciante. Expedicioné a las caucheras de las montañas del Perú; busqué minas en Collahuasi; estuve contratado para vender máquinas en Guayaquil; fui vendedor de estufas económicas en Buenos Aires y Montevideo; viajé entre cómicos y saltimbanquis; y como el atletismo me apasionó un tiempo, llegué hasta a presentarme en público como discípulo de un Hércules de circo, levitando pesas."

También fue torero aficionado en Lima y mató "seis novillos bravos". Fue periodista, liquidario del Congreso, agricultor, dos veces Ministro de Educación y Director General de Bibliotecas. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura



La luz, al proyectarse sobre la cabeza del escritor, le da un extraño aspecto gílgano, del Gide de la senectud

(1947) y su producción literaria se inició en 1907 con "El Natural". Comprende una decena de obras, editadas en Chile, Argentina, Ecuador, España, México, Brasil, Estados Unidos y Alemania. El autor de "El niño que enloqueció de amor" y "Gran Señor y Rajadibols" no sabe cuál ha sido la más popular de sus obras. También desconoce cifras de su tiraje (2). Pero guarda varias carpetas con cartas de "admiradoras y admiradores" desconocidos. Se casó dos veces. Su segunda esposa es Carmen Rivadeneira (64 años).

- ★ Cumplirá 77 años.
- ★ Vive contento y sin resquemores.
- ★ No tiene obras inéditas.
- ★ Barbitúricos y barbas.
- ★ Pienso en la muerte.
- ★ Los niños son el sol de su vejez.

Cuadros

A medida que se envejece, el mundo se va desmoronando y empujándose. Cada semana desaparece algún conocido o amigo. Ya no está Gabriela, que en 1923 le envió "De solación" con la simple dedicatoria "A mi Hermanito", y tantos otros escritores o compañeros de antaño. Y, a medida que desaparecen los seres humanos, su recuerdo adquiere mayor sentido.

Eduardo Barrios vive rodeado de sus recuerdos: fotografías y libros dedicados, retratos familiares, un hermoso álbum en que aparecen fotos festivas de sus bisabuelos hasta sus numerosos nietos y bisnietos. Un busto que Tótila Albert le hiciera "hará 40 años" ahora presta utilidad práctica a su nieto Leonardo (9 años).

"Descubrí que la nariz está en el sitio preciso para que con ella pueda rascarse la espalda."

En las paredes abundan los retratos familiares; los muebles son antiguos, sobrios, severos. En el comedor abundan los cuadros de Gracia. También hay algunos de su yerno José Balmes. Don Eduardo dijo alguna vez:

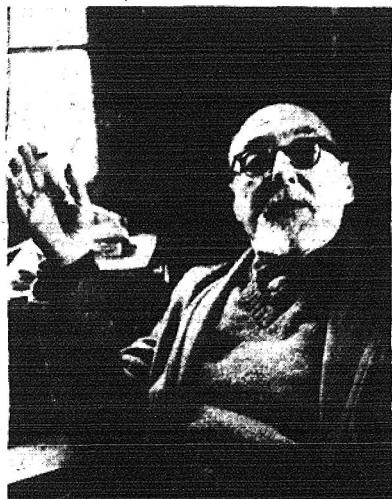
"Me obsesionaba la idea de ser pintor, pero me faltó la oportunidad en la vida."

Ahora se siente realizado a través de su hija. Sólo algunos cuadros de la etapa figurativa de Gracia. Pero entre los muebles antiguos y la galería familiar del salón hay una acuarela de Balmes que apunta hacia lo abstracto. Al principio, Barrios elude definirlo entre lo figurativo y lo abstracto en la pintura. Luego se decide:

"Prefiero los cuadros de antes. Será porque estoy viejo. Con el arte antiguo uno analizaba los valores, pero primero había una emoción estética. Ese golpe no me lo da la pintura de ahora. Puede ser efecto de mi vejez. Un cuadro es como una mujer: primero se capta entera y de cuerpo vivo, después la analizamos."

Proyectos

La mala vista le impide leer a Eduardo Barrios. También le impide escribir en forma continuada. Es porfiado. No quiere que le lean. Tampoco quiere dictar.



"La muerte es un país de donde no volvió ningún viajero..."



"¡Ah! Yo adoro a los niños!"

"¿Leerme a mí? Para qué voy a leer a la gente. Mis hijas tienen que trabajar y todavía voy a obligarlas a que me lean. No pueden llegar a eso con ganas de hacerlo."

"No me acostumbraría nunca a dictar. Siempre he tenido el hábito de que el espíritu y la mente manejen mi pluma. Después sacaba a máquina. No puedo cambiar."

"¿Tiene obras inéditas?"

"No. Sólo proyectos."

Y cambia de tema. Cuenta que siempre usa billetes nuevos. Su hija Carmen, que trabaja en el Banco Francés e Italiano, se preocupa de que esté bien provisto.

La Muerte

"¿Podría definir la muerte en una frase breve?", le preguntó un periodista en 1959 (3). Respondió:

"Si yo pudiera... Pero recuerdo la frase famosa: Es un país del que no volvió jamás ningún viajero". Ahora, pocos meses antes de cumplir los 77 años, vuelve a tocar el tema.

"Si pienso en la muerte. Cuando me doy cuenta de mis achaques y edad, sé que puedo partir cualquier día. La sepultura de mi familia está a la entrada del cementerio. Siempre dejo unos tres cheques firmados para que haya plata con que enterrar-me. Con lo caro que está. Tengo ganas de buscarme un carpintero que me haga un ataúd de madera de cañón. La idea de Dios está cerca de la muerte."

"¿Cree en Dios?, preguntó."

"No de manera gormona. Para mí, Dios es inexplicable. Pero me aflijo a ninguna religión. Pero mi moral es cristiana. Creo que hay una suma de leyes naturales que es Dios. Pero no me lo puedo explicar. Todo lo que vemos alrededor es una ley natural. Código de todas esas leyes es Dios. Las religiones logran que la meta, por temor a un castigo, se ajuste a una moral. Eso, para mí, no existe."

"¿Siente nostalgia del pasado?"

"Propiamente tal, no. Pero hay veces que pienso que, cuando tenía una fe de niño, me consolaba mucho. Eso era cuando aún no tenía experiencia de la vida."

El Tata

derrios —escribió Milton Rosset— (4) "es un aristócrata de la forma, a la vez tierno y frío, con cierta inclinación a la abstracción y por último, es un sentimental".

Goza con la música y ama las flores, pero donde surge lo sentimental es con los niños. No sólo sus nietos ("Cero que son 16 de 17"), le conocen como "el Tata". También sus amigos y los niños del barrio le dicen así. Hace poco, su nieto mayor murió en un accidente de motocicleta. Pocos días después nació su segundo bisnieto.

En un cajón de su escritorio guarda medicamentos y una impresora de reserva de cilindros. Al lado de estas provisiones personales hay dos cartuchos de caramelo para atender a sus nietos infantiles, las que también acuden con explícita frecuencia a pedirle dinero para comprar helados.

El escritor vibra y goza con los niños. En ellos vive toda su ternura:

"¡Ah! Yo adoro a los niños. Gozo viendo los jugar y fomentando la diversión. Adoro a la infancia. Y los niños me quieren a mí. Hasta gusanos que no me han visto nunca me sonríen."

El Tata también sonríe al evocar a los pequeños. Es una sonrisa dulce, serena, plena.

Me despido:

"El reportaje aparecerá el domingo nueve de julio."

Nueve de julio... julio... tres semanas. Me puedo morir antes.

Todos, don Eduardo, nos podemos morir antes. Todos.

(1) "Cronista", noviembre 1959. Extraído de "El Mercurio".

(2) Mi editor Nueve meses antes que "Gran Señor y Rajadibols" y "El Niño que enloqueció de amor" una vez más de Barrios que mejor se vendieron en Chile que esas obras, incluyendo las numerosas ediciones extranjeras, debe haber alcanzado los 100 mil ejemplares.

(3) "Exclama", 18 de marzo de 1959, "Una Personalidad al Tránsito", por Darío Carrasco.

(4) "El Hombre y su poema", en las Escuelas de Eduardo Barrios, Española del N.º 359 de "Atenea".